

José María Salvador González, "Egon Biel: De amor y dolor", *El Universal*, Caracas, 6 de mayo de 1984, p. 4º-4

CULTURALES

EL UNIVERSAL, Domingo 6 de Mayo de

Egon Biel: De Amor y Dolor

José María Salvador



Se ha insistido con harta frecuencia sobre la dimensión trágica de Biel. La tristeza, el sufrimiento, la muerte son, no cabe duda, ingredientes sustanciales que nutren copiosamente la producción de este artista austro-suizo. Sería sin embargo, grave error reducir ésta a una doliente elegía, a un quejumbroso canto de dolor y llanto: sería olvidar que, junto al filón de lo trágico o lo elegíaco, existen también en Biel esas dos riquísimas vetas de lo lírico y lo cómico. ¿El Biel sangrante de la melancolía, del dolor y de la muerte? Indudablemente.

Pero también el Biel riante del fino humor y el Biel palpitante del lirismo acendrado y del amor entrañable. Lo trágico, lo cómico y lo lírico están, de hecho, tan fuertemente interpenetrados en la obra de este artista que una especie de sólido vector unifica y vertebra estos tres focos temáticos, estableciendo constantemente entre ellos un dinámico flujo y reflujo, un fluido ir y venir interfecundante: de lo trágico a lo lírico por mediación de lo cómico y viceversa. Por otra parte, lo trágico, lo cómico y lo lírico están tan íntimamente consustanciados con la personalidad del propio Biel, que su producción pictórica no es otra cosa que una amplia autobiografía, imagen abierta y patente de sus propias heridas, de sus picaras sonrisas, de sus amores más entrañables.

La vena de lo trágico brota en Biel de dos fuertes complementarias: su tragedia personal-familiar y la tragedia de la humanidad entera. Hombre de espíritu noble y generoso, artista de sensibilidad afinada, intelectual de mente abierta y equilibrada, Biel es testigo lúcido del drama de una humanidad en bancarrota, de una humanidad caída en los oscuros abismos de la violencia, de la crueldad y de

mientos humanos. Si, frente a la injusticia, la crueldad y la estupidez materializadas en la guerra, Biel eleva valiente su acusación inequívoca, su lenguaje se torna, por el contrario, más dulce y moderado ante el sufrimiento y la muerte. En todo caso, nuestro pintor proyecta el drama humano sin huecas retóricas panfletarias ni morbosos regodeos ante lo horrible. En su obra quedan plasmados de modo desapasionado y objetivo, los variados "Tipos de la humanidad" en el acto mismo de escenificar el "gran teatro del mundo". En su producción pictórica, Biel presenta su propio drama y el drama de la humanidad con cierto estoicismo, con una esperanza amplia, con una tendencia espontánea a la poetización y hasta con una sorprendente dosis de humorismo.

Lo cómico es, efectivamente, en Biel, el puente de unión, el elemento-bisagra que establece la transición de lo trágico-elegíaco a lo lírico. A pesar de los sufrimientos que lo agobiaron durante toda su vida, nuestro artista supo conservar siempre la necesaria reserva de serenidad y buen humor. No se podrían comprender, si no, esos fabulosos golpes de ingenio cristalizados en imágenes tan deliciosas como *Scherzo I* y *Scherzo II*, en los que, bajo los acordes del absorto pianista, danza sobre patines una imponente matrona —abnorme híbrido de pingüino y oso hormiguero— de animalesco rostro metamorfoseado en inquietante máscara (¿máscara de gas?); ni se podría explicar de otro modo esa fenomenal mascarada en la que lúgubres esqueletos bailan, festejan y se pavonean irrisoriamente en la fantasmagórica escena del gran "Teatro de la Muerte" (serie hecha durante la estada del pintor en Caracas en 1955). El artista busca aquí, sin duda, utilizar el humor como antídoto que neutralice el veneno de lo trágico, como contrapeso que equilibre el lastre sofocante del dolor y de la muerte: burlarse de la muerte como medio de exorcizar y desdramatizar su ineludible poder letal y como forma de catarsis frente al pavor cerval que ella inspira.

Es cierto que en la obra de Biel hay también lugar para la sátira, sobre todo ante la injusticia o la arbitrariedad. El de Biel no es, sin embargo, un humor amargo, mordaz o desencantado. Lejos del sarcasmo hiriente y de la burla corrosiva, el suyo es un humor amable que prefiere expresarse en el registro de la hilaridad inocua y de la picardía inocente, o, todo lo más, en el de la blanda socarronería o en el de la ironía fina y sutil. Es obvio, sin embargo, que en el fondo de su amor y su sonrisa, se adivina siempre un cierto deje de suave melancolía. Su alegría es siempre comedida, su hilaridad, matizada; su sonrisa es siempre contenida, como la de un payaso triste doliente. Y él, que no tuvo temor a confesar que "todos somos payasos, y yo uno muy grande", llegará al extremo de autorretratarse como monarca de pacotilla (*Soy el Rey de Babilonia*), como animal fantástico como León timorato de ojos inmensamente tristes.

La componente lírica de la obra de Biel se expresa, en cambio, generosamente a través de la temática del amor, en tres vertientes fundamentales: el amor a la esposa, el amor a la mujer (a "lo eterno femenino") y el amor a la humanidad. El personaje de su esposa, Hertha, se constituye, ante todo, en fuente primordial de inspiración, en modelo e ideal, en sujeto de anhelos y en objeto de devoción y de entrega absoluta. Hertha, la esposa adorada, la delicada poetisa, la frágil musa, lo es todo en la vida y en la obra de Biel. Una y otra vez, Biel la plasmará con obsesiva dedicación, no sólo cuando ella

clave
en Est
¡B

In
Elba

Invita a su e
"ARTE-DEN",
de mayo en el
Hogar Canario-
Dirección: Aveni

Urg

Solicitamos en
quintas, zonas:
Caurimare, Bello
Fe, Santa Mónica
Palos Grandes,
Norte y Sur, Chaca
Llamar al teléfono
Abstenerse interm

UNIVER
La P
La

Se ha insistido con harta frecuencia sobre la dimensión trágica de Biel. La tristeza, el sufrimiento, la muerte son, no cabe duda, ingredientes sustanciales que nutren copiosamente la producción de este artista austro-suizo. Sería sin embargo, grave error reducir ésta a una doliente elegía, a un quejumbroso canto de dolor y llanto: sería olvidar que, junto al filón de lo trágico o lo elegíaco, existen también en Biel esas dos riquísimas vetas de lo lírico y lo cómico. ¿El Biel sangrante de la melancolía, del dolor y de la muerte? Indudablemente.

Pero también el Biel riante del fino humor y el Biel palpitante del lirismo acendrado y del amor entrañable. Lo trágico, lo cómico y lo lírico están, de hecho, tan fuertemente interpenetrados en la obra de este artista que una especie de sólido vector unifica y vertebrata estos tres focos temáticos, estableciendo constantemente entre ellos un dinámico flujo y reflujo, un fluido ir y venir interfecundante: de lo trágico a lo lírico por mediación de lo cómico y viceversa. Por otra parte, lo trágico, lo cómico y lo lírico están tan íntimamente consustanciados con la personalidad del propio Biel, que su producción pictórica no es otra cosa que una amplia autobiografía, imagen abierta y patente de sus propias heridas, de sus picaras sonrisas, de sus amores más entrañables.

La vena de lo trágico brota en Biel de dos fuentes complementarias: su tragedia personal-familiar y la tragedia de la humanidad entera. Hombre de espíritu noble y generoso, artista de sensibilidad afinada, intelectual de mente abierta y equilibrada, Biel es testigo lúcido del drama de una humanidad en bancarrota, de una humanidad caída en los oscuros abismos de la violencia, de la crueldad y de la insania. La Primera Guerra Mundial —aquel asesinato salvaje de “la gran ilusión” de comienzos de siglo—dejará en su alma de adolescente traumas tan profundos que, más de una década después de finalizado el conflicto, las imágenes dantescas de la Gran Guerra aparecerán todavía sombrías y alucinantes, en los dibujos de las series *Los últimos días de la Humanidad*, 1929 y *Sin novedad en el frente occidental*, 1929. ¿Será también, quizá, ese impresionante *Descendimiento*, 1933, un patético símbolo del calvario sufrido por la humanidad en la Primera Guerra europea o una lúgubre premonición de aquel infierno que habrá de sembrar de cadáveres el mundo entre 1939 y 1945?

La Segunda Guerra Mundial, locura extrema, engendrara y agravara los ingredientes de la tragedia personal-familiar del propio Biel. La guerra le adosa, eslabón tras eslabón, una pesada cadena de sufrimientos: su carrera de pintor a las puertas del reconocimiento universal se trunca bruscamente al estallar las hostilidades; de 1939 a 1941 es movilizado en un alicaído ejército francés, rápidamente derrotado por los alemanes; sus dos hijos perecen juntos, aplastados por un bombardeo; y — ¡supremo dolor!— su amada esposa Hertha es gravemente herida en la columna vertebral por la metralla de un bombardeo. Aquella herida letal, aquellos horribles sufrimientos (que los médicos norteamericanos no lograrán subsanar tras dolorosa operación) irán progresivamente carcomiendo a tan hermosa y sensitiva mujer: serán quince años de lenta agonía durante los que una esclerosis múltiple consumirá sin

remedio a aquella Hertha, la mujer, la amada, la musa; quince años durante los que Biel sacrificará una gran parte de su tiempo de creación para convertirse en el solícito ángel custodio de aquella mujer cuya degradación fisiológica no disminuye ni empaña en lo más mínimo su inteligencia y su entereza espiritual de gran señora. Y no será la temprana muerte de Hertha en 1959 la que otorgue definitivo sosiego al alma de Biel. La imagen póstuma de la mujer adorada perseguirá al pintor (*Mi princesa muerta*, 1959; *Recuerdo de mi esposa*, 1960), con la misma vibrante obsesión que en vida de aquella.

Si tales eran los sufrimientos de Biel — sufridos en carne propia y en la carne ubicua de la humanidad— ¿por qué extrañarse, entonces, de ver aparecer en su obra esos rostros dolientes, esas miradas tristes, esos ojos sobrecogedoramente melancólicos, esas expresiones preñadas de hondo patetismo? Su obra es, de hecho, una franca prospección psicológica, un profundo análisis de sí mismo y de la humanidad, una sincera indagación de los sentimientos humanos. Si, frente a la injusticia, la crueldad y la estupidez materializadas en la guerra, Biel eleva valiente su acusación inequívoca, su lenguaje se torna, por el contrario, más dulce y moderado ante el sufrimiento y la muerte. En todo caso, nuestro pintor proyecta el drama humano sin huecas retóricas panfletarias ni morbosos regodeos ante lo horrible. En su obra quedan plasmados de modo desapasionado y objetivo, los variados *Tipos de la humanidad* en el acto mismo de escenificar el “gran teatro del mundo”. En su producción pictórica, Biel presenta su propio drama y el drama de la humanidad con cierto estoicismo, con una esperanza amplia, con una tendencia espontánea a la poetización y hasta con una sorprendente dosis de humorismo.

Lo cómico es, efectivamente, en Biel, el puente de unión, el elemento bisagra que establece la transición de lo trágico-elegíaco a lo lírico. A pesar de los sufrimientos que lo agobiaron durante toda su vida, nuestro artista supo conservar siempre la necesaria reserva de serenidad y buen humor. No se podrían comprender, si no, esos fabulosos golpes de ingenio cristalizados en imágenes tan deliciosas como *Scherzo I* y *Scherzo II*, en los que, bajo los acordes del absorto pianista, danza sobre patines una imponente matrona — abnorme híbrido de pingüino y oso hormiguero— de animalesco rostro metamorfoseado en inquietante máscara (¿máscara de gas?); ni se podría explicar de otro modo esa fenomenal mascarada en la que lúgubres esqueletos bailan, festejan y se pavonean irrisoriamente en la fantasmagórica escena del gran *Teatro de la Muerte* (serie hecha durante la estancia del pintor en Caracas en 1955). El artista busca aquí, sin duda, utilizar el humor como antídoto que neutralice el veneno de lo trágico, como contrapeso que equilibre el lastre sofocante del dolor y de la muerte: burlarse de la muerte como medio de exorcizar y desdramatizar su ineludible poder letal y como forma de catarsis frente al pavor cerval que ella inspira.

Es cierto que en la obra de Biel hay también lugar para la sátira, sobre todo ante la injusticia o la arbitrariedad. El de Biel no es, sin embargo, un humor amargo, mordaz o desencantado. Lejos del sarcasmo hiriente y de la burla corrosiva, el suyo es un humor amable que prefiere expresarse en el registro de la hilaridad inocua y de la picardía inocente, o, todo lo más, en el de la blanda socarronería o en el de la ironía fina y sutil. Es obvio, sin embargo, que en el fondo de su amor y su sonrisa, se adivina siempre un cierto deje de suave melancolía. Su alegría es siempre comedida, su hilaridad, matizada; su sonrisa es siempre contenida, como la de un payaso triste doliente. Y él, que no tuvo temor a confesar que “todos somos payasos, y yo uno muy grande”, llegará al extremo de autorretratarse como monarca de

pacotilla (*Soy el Rey de Babilonia*), como animal fantástico como *León* timorato de ojos inmensamente tristes.

La componente lírica de la obra de Biel se expresa, en cambio, generosamente a través de la temática del amor, en tres vertientes fundamentales: el amor a la esposa, el amor a la mujer (a “lo eterno femenino”) y el amor a la humanidad. El personaje de su esposa, Hertha, se constituye, ante todo, en fuente primordial de inspiración, en modelo e ideal, en sujeto de anhelos y en objeto de devoción y de entrega absoluta. Hertha, la esposa adorada, la delicada poetisa, la frágil musa, lo es todo en la vida y en la obra de Biel. Una y otra vez, Biel la plasmará con obsesiva dedicación, no sólo cuando ella está aún joven y bella sino también cuando, desgarrada y paralítica, es apenas una sombra de la belleza que fue, o cuando, recién fallecida, se hunde bruscamente en la espesa oscuridad de la nada (*Mi princesa muerta*, 1959). Tal es la compenetración con su esposa, que la viva imagen que el pintor conserva de ella fuertemente grabada en su corazón volverá a aparecer, años después de fallecida, en algún cuadro trabajado impetuosamente en grandes trazos febriles (*Recuerdo de mi esposa*, 1960).

Con el amor conyugal — como su natural expansión— convive en Biel el amor a la mujer, el culto a “lo eterno femenino”. Es toda la temática de la feminidad, del desnudo, de la sensualidad: la sinfonía de melodiosos ritmos curvos que delinear y condensan el sempiterno tema del amor y de la vida. Sea bajo la forma delicada y minuciosa de un tratamiento realista, sea bajo la sólida apariencia abocetada de un acercamiento estilizado, sea incluso bajo los rasgos voluntaristas de una aproximación semi-abstracta, la mujer es, en todo caso, protagonista constante en la producción plástica de Biel. Es ésa, a la postre, una forma consciente y poderosa de cantar al amor y a la vida, a pesar del permanente acoso del sufrimiento y de la muerte.

El lirismo de Biel se proyecta finalmente en su amor a la humanidad. Caballero de notable integridad y nobleza espiritual, artista sensible y perspicaz, Biel sintió como propio el destino de todo el género humano. Por eso — ya lo dijimos— sufrió tan dolorosamente en su alma el trauma de las dos guerras mundiales; por eso también, antibelicista visceral, luchó en todo momento por la concordia y la armonía entre las gentes; por eso, en fin, porta-estandarte de un humanismo utópico, promovió por todos los medios el ideal ético de la fraternidad y del amor universales. No en vano el maestro austro-suizo se aventuró a aseverar lapidariamente: “Todos los pecados se reducen a uno solo: Falta de amor al prójimo”.

Desde este punto de vista, la aproximación a Biel se hace más rica y comprensiva: sus preocupaciones formales, temáticas y conceptuales aparecen así más patentes. Es posible, de este modo, comprender cómo un hombre tan tremendamente trágico puede ser al propio tiempo tan ingeniosamente cómico y tan aquilatadamente lírico. Quizá ninguna obra resuma mejor estas preocupaciones de nuestro artista que esa excepcional joya en tempera sobre cartón que integra en un solo bloque compacto sus dos grandes temas predilectos: *La Mujer y la Muerte*. Biel el trágico, Biel el cómico, Biel el lírico. Egon Biel de amor y dolor.